

Dora Del Pino, nuestra madrina en el Arte

Ivo Kravic

Fallecida ya hace cinco años, Dora Del Pino fue para nosotros en lo personal y en lo institucional -Fundarte 2000- nuestra madrina de las artes, una especie de patriarca protector, cuyo rol se acentuó con los años. Y a pesar de sus dificultades de salud no dejó de acompañarnos en ese rol fundacional que es estrictamente el de dar, en todo sentido, no sólo tiempo de nuestras vidas, o apoyo en lo económico, sino especialmente en lo espiritual.

Sus primeras colaboraciones fueron los dibujos, para cada año, de nuestras exposiciones de pesebres no convencionales, que por 20 años marcaron el camino del pesebrismo local y cuya finalidad era fomentarlo, para que lo hiciesen otras instituciones. Dora integró siempre los jurados y ella fue también artífice de saber elegir y recomendar a quienes podían cumplir esa ardua tarea.

Llegamos a tener hasta 300 pesebres para evaluar, y ella se distinguía en su saber otorgar los premios y las menciones, con su mirada de artista plástica complementada por los demás miembros que cubrían otras disciplinas y evaluaban los varios aspectos que debían tenerse en cuenta: lo religioso, lo escultórico, el mensaje y contenido humanístico de la composición, ya que el nacimiento como tal podría recibir la mirada de otras religiones. Todos -y en este sentido residía la originalidad de nuestras distinciones- todos se llevaban su certificado de participación con el criterio valorativo del jurado al dorso, que exigía una redacción unificada de todos los miembros, tarea que ella asumía con entusiasmo. Incansable, inagotable, Dora fue el *alma mater* de este proyecto navideño de Fundarte.

Los dibujos de Dora que aparecen en distintas actividades de Fundarte eran en sí mismos de gran riqueza espiritual. Los diseños para la Navidad tenían como centro un mandala, en el cual el niño irradiaba o proyectaba una luz alegórica y un tanto “heterodoxa”. Dora era una profunda conocedora de la espiritualidad oriental y además discípula de Petorutti.

Otro aspecto de su personalidad era su sutil sabiduría para los consejos, que siempre resultaba de gran ayuda para todos los que se le acercaban en busca de comprensión.

Se pueden decir muchas cosas, éstas y otras que hacen a la convivencia durante tantos años, que no pueden explicarse sino hasta que el otro ya está entre nosotros.

No fue por esta causa que se cerrara el ciclo de los pesebres; sabíamos que terminaríamos en el 2000, como estaba estipulado. Pero lo cierto es que hubiera sido difícil seguir sin su presencia, admitiendo con algo de amargura que los postulados que movieron este proyecto no serían igualmente valorados si comenzáramos nuevamente. Aún más, la tarea del jurado -incluso suponiendo que sería mucho más fácil si ella estuviese entre nosotros- tal vez no habría tenido la recepción positiva y valorada de entonces, y probablemente ahora tendríamos menos pesebres, o menos respetuosos de las pautas. Así están las cosas. Así están en el recuerdo, aquellos cuya solidaridad espiritual hoy es casi una utopía.